XII

Con estas cosas, el Marqués, que había olvidado en absoluto la lucha electoral, se entregó por completo á las emociones que le hacía experimentar su nieta y al recuerdo de la aparición y amenazas de Elena. Los días trascurrían, sin embargo, sin que *miss* Morgan diese señales de vida.—«Tal vez dude de sus fuerzas en la lucha, y no pase todo ello de ser una amenaza,»—pensaba para sí el señor de Montbrun.

Acompañando á su hijo se encaminó á casa de Debray, su antiguo criado, que vivía en Avon, al extremo del parque de Fontainebleau, á ver á la pequeña Cipriana, tan bruscamente llevada de orden de su padre, por Ruaud desde Villerville.

La niña, algo molestada por el viaje y sorprendida por tan repentino cambio, parecía triste; apesar de esto, al abrir Roberto la puerta del cuarto en donde Debray la había acostado para que descansa-

ra, se levantó y tendió sus bracitos á su padre, diciéndole: ¡Papá, papá!

Roberto se adelantó, y cogiéndola en brazos, la colmó de besos y de caricias. El Marqués se había parado en el dintel de la puerta, entre Debray, su antiguo servidor, la mujer de éste y el marinero Ruaud, y desde allí contemplaba encantado, á través de las lágrimas que nublaban sus ojos, á aquella niña rubia, á aquella niñita de cuatro años que rodeando sus blancos brazos al cuello de Roberto, primero, jugueteaba después, sin dejar de besarle, con los cabellos del Conde.

¡Sí, á no dudarlo, era hija de Roberto aquella niñita de cabellos de oro, blanca como la nieve y de grandes ojos muy azules, profundos, tiernos y risueños!... ¡Su nietecita! Contemplándola olvidaba hasta el nombre de la madre, el nacimiento de este inocente y hermoso sér, nacimiento clandestino, tan clandestino como el casamiento de Roberto, y sentía renacer en él para aquella niña el sentimiento de paternidad de las personas ancianas que ven su existencia continuada por estos nuevos retoños, misteriosos, desconocidos.

Se acercó poco á poco al grupo formado por el padre y la hija, muy conmovido, y mirando á Cipriana, á quien seguía teniendo el Conde en los brazos, la presentó las dos manos, diciéndola muy cariñosamente:

—¿Quieres darme un beso, hijita mía?

Sonrió con tanta dulzura bajo su blanco y atusado bigote, que la pequeña, un poco intimidada en el primer momento—los niños no quieren á los viejos y desconfían de las barbas blancas,—se tranquilizó, sonrió y dejó entre los flacos dedos del Marqués su suave y linda manita, que el Sr. Montbrun besó con una especie de voluptuosidad retrospectiva, como había devorado á besos en otro tiempo á Roberto.

—¿Sabes que soy el papá de tu papá, hija mía?—la dijo el Marqués, golpeando suavemente en el hombro á éste para que la niña lo comprendiera.

Entonces la pequeña miró sucesivamente á uno y otro, como si algún problema bullera en su cerebro. ¿Por qué no la había dicho esto mismo aquel señor el día que la vió por primera vez?

Y buscaba, mirando por encima de la cabeza del Marqués, á Ruaud, que seguía aún inmóvil en el dintel de la puerta, como pidiendo al marino la explicación de lo que ocurría.

—Sí, Cipriana, hijita mía, quiérele tanto como á mí—decía Roberto;—tanto como á mí, ¿oyes? ¡Somos las dos personas á quienes más debes querer en el mundo! ¿Querrás mucho al abuelito?

La niña reflexionó un momento, volvió á mirar al Marqués, le sonrió, y como un pajarito que busca el alimento en el pico de su madre, buscó la boca de su abuelo para colmarle de besos.

—Pero, ¿y papá Ruaud?... ¿Podré querer también á papá Ruaud?—decía dirigiendo sus grandes y vi-

vos ojos hacia el marinero de Villerville, marido de su nodriza, por cuyas tostadas mejillas corrían gruesas lágrimas en aquel momento.

Mucho trabajo le había costado al marinero desprenderse de la pequeña—¡qué de lágrimas le había costado á su mujer!—es verdad que querían, palabra de honor, decía Ruaud, tanto ó más que á los otros mocosuelos á aquella picarilla. Pero el padre, el señor, así lo quería, el parte así lo ordenaba... Y Ruaud se pasaba horas enteras repitiendo á Debray y á su mujer que cuidasen mucho á Cipriana. Su mayor deseo era que la pequeña estuviese tan contenta en Avon como en Villerville. ¡Ah, caramba! Por mucho que la cuidasen no dejaría de echar de menos las orillas del mar, los cangrejos, las conchitas...

—No temáis—le decía Debray.—La cuidaremos, la cuidaremos.

La casita que habitaba Debray, el viejo criado del señor de Montbrun, había sido comprada por el Marqués, y Debray se había retirado á ella con *su vieja* cocinera, que llevaba muchos años en casa del Marqués, no queriendo continuar más en el servicio, porque la edad impedía que fuese tan buen servidor como en otros tiempos. Después de la muerte de la Marquesa fué cuando los Debray pidieron su retiro.

En vano el Sr. de Montbrun quiso retenerlos por más tiempo.

—Estáis en vuestra casa, Debray—le decía;—vivid entre nosotros vos y vuestra mujer. ¡Nada os faltará en vuestra vejez!

—¡No, señor Marqués; cuando no se sirve para nada se debe dejar el puesto á los jóvenes! ¡Yo me voy á otra parte con mis reumatismos y mis fricciones!

Entonces fué cuando el Marqués insistió en dar á aquellos viejos la casa de Avon, adonde se fué á vivir con ellos su hijo, todo un buen muchacho de oficio ebanista, que trabajaba en Fontainebleau. Los tres, padre, madre é hijo, se hubieran dejado hacer pedazos por los Montbrun, y Roberto, que quería tener cerca de sí á Cipriana, pensó en seguida en los Debray.

La niña estaría tan bien cuidada allí como en Villerville, y desconociendo, como desconocía Elena, la existencia de aquellas honradas gentes, podía estar tranquilo respecto á una tentativa cualquiera de rapto. Además de Avon á Melun había muy poca distancia, y en una hora podía presentarse allí. Otra cosa le tranquilizaba, y era que el viejo Debray, hombre fuerte todavía apesar de lo que él confesaba, su mujer y su hijo, sabrían guardar, y si el caso llegaba, defender bien á la niña.

—No importa—decía Ruaud, oyendo de labios del Conde todas estas explicaciones,—no importa, señor; la verdad es que en Villerville estaría mejor, y que la casa nos va á parecer ahora vacía.

—Descuidad, Ruaud; os prometo que volveré á

llevaros á Cipriana, que seguirá siendo vuestra hijita.

—Lo que yo deseo, sobre todo—replicaba el marino,—es que no la pase aquí más que lo que la ha ocurrido en nuestra casa. ¡En nuestra casa no la ha ocurrido ni el menor contratiempo!

A Roberto le dolía mucho causar tanta pena al honrado marinero; pero era preciso despistar á Elena. La idea de que Cipriana estaba tan cerquita de él era lo único que le tranquilizaba. «Tiene necesidad —se decía—de permanecer en el campo para fortalecerse, y el aire de los bosques la será tan beneficioso como el del mar. Además, estando tan cerca podré verla á cada momento.»

Los primeros días que sucedieron á la partida de Ruaud fueron muy tristes para Cipriana. Nada la distraía. El hijo de los Debray la llevaba al bosque á ver las rosas; pero ella parecía buscar otra cosa en el horizonte: el mar. Después fué olvidándolo poco á poco y acostumbrándose á aquella nueva vida.

El ver todos los días á Roberto acabó por volverla la alegría. El Marqués, por su parte, hacía cuanto podía por distraerla. La llevaba todos los días pasteles, golosinas y muñecas. Un comerciante de juguetes de la calle de Saint-Aspais en Melun se preguntaba si el Marqués se había vuelto loco, al ver que iba con tanta frecuencia á comprarle muñecas, con las cuales ocupaba todos los bolsillos,

cuando no se las llevaba, si eran grandes, debajo del brazo envueltas en un periódico.

¡Un hombre de su importancia, y que debía haber presentado su candidatura frente á las de Verdier y Garousse!...

Pero el Marqués ni se acordaba siquiera de la política. Estaba absorto en el cariño de su nietecita, en quien encontraba cada vez más parecido con una especie de fantasma, tiempo hacía desvanecido; con su primera hija, muerta cuando era muy pequeñita, á quien Roberto no llegó á conocer y cuya miniatura se veía en el despacho del Marqués al lado de los retratos de familia.

—Es asombroso—decía algunas veces al contemplar á Cipriana en casa de Debray. —Es un retrato de Genoveva... ¡Tu pobre madre!

Había algo de furtivo en las visitas del Marqués y de su hijo á la casita de Avon. El temor de ser espiados por Elena les hacía tomar todo género de precauciones. El viejo Ruaud había escrito una extensa carta desde Villerville, en la que, después de decir que «la casa era un desierto por la ausencia de Cipriana,» contaba que «gentes extrañas y que se conocía desde luego que no eran del país, habían rondado la casa, dispuestas, á no dudarlo, á aprovechar un descuido para penetrar en ella.»

Además una señora muy rubia con traje negro, se había presentado en la casa so pretexto de alquilar unas habitaciones para acabar de pasar la estación;

pero en realidad, y según él creía, para ver si la «señorita estaba allí aún.»

«Apesar del grandísimo disgusto que tal determinación nos causa, bien reflexionado, creo que el señor Conde ha obrado muy cuerdamente alejando de aquí á la pequeñita.»

Evidentemente, Elena, con su habitual decisión, se había propuesto atacar de frente y llevar comrehén, por medio de un atrevido golpe de mano, á Cipriana; pero el despacho de Roberto, tan á tiempo puesto, había desbaratado todos sus planes. Sin embargo, la inglesa no era mujer que retrocediera ante el primer obstáculo y á no dudarlo, su astucia y su diplomacia estaban en juego en su grado máximo de actividad, para descubrir el retiro de su hija. Roberto abrigaba estos temores y velaba por ella con la ansiedad con que el avaro vela por sus tesoros. Entraba en casa de los Debray como enamorado que acude á cita amorosa en que abundan los peligros. Le asaltaban serios temores, fundados en el silencio de Elena y temiendo ver que le arrebataban á su hija, la besaba con efusión, con locura, como si de un momento á otro hubiera de no volverla á ver.

—¡Mira mucho por ella, Debray!...

—¡Oh! ¡Señor Conde, no temáis, no corre peligro. Me dejaría hacer pedazos antes que nadie tocara á un cabello de la pequeña. Descuidad, pues si bien no tengo ya aquellos puños que á los veinte años

podían dejar fuera de combate al hombre más forzudo, está ahí mi hijo, que tiene músculos de treinta... ¡Está bien guardada la señorita Cipriana!

Roberto iba amenudo á Avon, atravesando el bosque y pensando en lo que Cipriana representaba para él de amor pasado, de decepciones y de esperanzas. ¡Pobre pequeñita! ¡Ella era todo lo que restaba á Roberto de su ilusión, de la locura de su vida! ¡Cómo olvidar después de haber amado tan profundamente! ¡Olvidar! No, no olvidaba á Elena; pero en lugar de pensar en ella con los amorosos estremecimientos de otras veces, pensaba con una especie de cólera, preguntándose al propio tiempo qué era lo que le había seducido en aquella mujer. Y mientras más la comparaba con Gilberta, más palpable veía su locura y más y más maldecía el momento de extravío en que la cometió. No encontraba consuelo á su tontería hasta que no abrazaba é inundaba de besos á su hija, ocultando su rostro entre la blonda cabellera de ésta, como para echar sobre sus penas una especie de velo que ocultara su pasado.

Un día que paseaba á caballo se encontró gratamente sorprendido, al atravesar la encrucijada de la Meseta del Rey, cerca del depósito de aguas, y ver á Gilberta solita, sentada en un banco con un libro en la mano. La había percibido á lo lejos, y aunque la conoció desde luego, se resistía á creer que fuese ella. ¿Cómo estaría allí tan sola? se preguntaba. Al